

COLECCIÓN CREACIÓN ARTÍSTICA Y CULTURAL

cuentos cortos

~ Atrévete a escribir ~

—
Séptima versión



Editorial
Uniguistiniana



COLECCIÓN CREACIÓN ARTÍSTICA Y CULTURAL

Cuentos cortos

Atrévete a escribir

Séptima versión

Cuentos cortos

Atrévete a escribir

Séptima versión



UNIAGUSTINIANA

Vicerrectoría de
Investigaciones

Dirección de Divulgación de la
Ciencia y Fomento de la Creación

Biblioteca Fray
Pedro Fabo

© 2014 UNIAGUSTINIANA

Concurso Uniagustiniano de Cuentos Cortos. (7o. : 2024 : Bogotá), autor
Cuentos cortos : atrévete a escribir / Concurso Uniagustiniano de Cuentos Cortos ; Miguel Ángel
Castrillón Alfonso [y otros nueve]. -- Séptima versión. -- Bogotá : Editorial Uniagustiniana,
2024.páginas 88. (Colección creación artística y cultural)

ISBN 978-958-5498-98-3 (impreso) -- 978-958-5498-99-0 (digital)

1. Cuentos colombianos - Siglo XXI - Colecciones I. Castrillón Alfonso, Miguel Ángel, autor.

CDD: Co863.5 ed. 23

CO-BoBN- a1115770

© Autores: Yuly Ayure Daza, Miguel Ánge Castrillón Alfonsor, Laura Camila Sánchez Garzón,
Andrés Pérez Suárez, Emir Giovanni Torres Torres, Sebastián Alonso Rey Díaz, Anyela Homez
Guzmán, Rodolfo Prada Penagos, Johnnier Guillermo Aristizábal Santa, Daniel Enrique
Monje Abril, Fabio Andrés Vinasco Ñustes
© Editorial Uniagustiniana, Bogotá, 2023.

ISBN (impreso): 978-958-5498-98-3

ISBN (digital): 978-958-5498-99-0

UNIVERSITARIA AGUSTINIANA, UNIAGUSTINIANA

P. Jullán Hincapié López, rector

Julio César León Lúquez, vicerrector de Investigaciones

Adriana León, directora de la Biblioteca Fray Pedro Fabo

DIRECCIÓN DE DIVULGACIÓN DE LA CIENCIA Y FOMENTO DE LA CREACIÓN.

Catalina Ramírez Ajiaco, Directora

Nicolas Sépulveda , Coordinador editorial

Yuly Ayure Daza, Líder Concurso Uniagustiniano de Cuento Corto

Sebastian Aldana, Jurado

Susana Ángulo, Jurado

Hernando Sierra, Corrección de estilo

Angélica Ramos Vargas, Diseño de colección

Gustavo Santa Zoque-Goske Páramo, Ilustración de cubierta

DGP Editores, impresión

Campus Tagaste, Av. Ciudad de Cali No. 11B-95, Bogotá, Colombia ▪
editorial@uniagustiniana.edu.co

Impreso y hecho en Colombia ▪ Depósito legal según Decreto 460 de 1995.

Derechos reservados conforme a la ley. Prohibida su reproducción parcial o total en todo
formato o medio sin previo permiso escrito de la Universitaria Agustiniiana.

Contenido

El acto creativo de la escritura	IX
Yuly Ayure Daza	

CATEGORÍA ESTUDIANTES

PRIMER PUESTO

Manuel Caballero Pausa, vagabundo sin causa	3
Miguel Ángel Castrillón Alfonso	
<i>Cine y televisión</i>	

SEGUNDO PUESTO

El arenero de la discordia	9
Laura Camila Sánchez Garzón	
<i>Licenciatura en Filosofía</i>	

TERCER PUESTO

Objeto 19-88	17
Andrés Pérez Suárez	
<i>Cine y Televisión</i>	

CATEGORÍA EGRESADOS

PRIMER PUESTO

Rosa en llamas 27

Sebastián Alonso Rey Díaz

Negocios Internacionales

SEGUNDO PUESTO

Nos dieron en la madre 33

Emir Giovanni Torres Torres

Cine y Televisión

TERCER PUESTO

Recuerdos de un amor 39

Anyela Homez Gúzman

*Contaduría Pública***CATEGORÍA DOCENTES**

PRIMER PUESTO

Una bomba en el costal de Javier 47

Rodolfo Prada Penagos

Comunicación Social

SEGUNDO PUESTO

Un desesperado consolando a otro 55

Johnnier Aristizábal Santa

Cine y Televisión

CATEGORÍA ADMINISTRATIVOS

PRIMER PUESTO

Espectro

65

Daniel Enrique Monje Abril

Cine y Televisión

SEGUNDO PUESTO

La paz flotaba en el río Magdalena

71

Andrés Trece

Arquitectura

El acto creativo de la escritura

En la séptima entrega de Cuentos Cortos Uniagustinianos queremos hacer una mención especial al acto creativo de la escritura, a los pensamientos, representaciones, reflexiones, pulsiones y sentimientos que caben allí. Así como los retazos de memoria tejidos con la experiencia que cada quien lleva consigo del mundo.

Más allá de que la escritura se vuelva más sofisticada y técnica, esta siempre será, en principio, un herramienta para la expresión del ser, del individuo hacia su comunidad, un medio para la interpretación de la realidad. Si bien, como dice Simone de Beauvoir “la escritura es un oficio que se aprende escribiendo”, cabe resaltar el esfuerzo y el proceso de transformación que conlleva la escritura para cada persona, ya que significa escuchar un mundo, plasmarlo, soltarlo sobre el papel y encontrar una forma para lo que en algún momento solo fueron pensamientos.

Para esta edición contamos con una apuesta visual que crea un diálogo entre la imagen y el texto de los cuentos ganadores del primer y segundo lugar en la categoría de estudiantes. En esta ocasión, Goske Páramo, una artista serigráfico y muralista colombiano que mezcla las cosmovisiones, la identidad de la América mestiza y la espiritualidad, fue quien dio vida a la portada.

Para la Dirección de Divulgación de la Ciencia y Fomento de la Creación es un orgullo encontrar en nuestra institución ejercicios de observación, reflexión, juegos con el lenguaje, polisemia, imaginación y un despliegue de sensibilidad que dan cuenta del desarrollo de las capacidades creativas y expresivas de una comunidad cada vez más abierta a otros lenguajes.

Yuly Ayure Daza

Editora

Divulgación de la ciencia y fomento de la creación

CATEGORÍA ESTUDIANTES

Manuel Caballero Pausa, vagabundo sin causa

Mientras Manuel hacía su rutina diaria fue asaltado a mano armada por Pacho, uno de sus amigos más allegados. Así perdió su carreta, el plástico que había recogido en el día y sus ganas de alcanzar un bienestar, que parecía alejarse cada vez más. Con tan solo unos pesos en el bolsillo, decidió subirse a un bus para tratar de recaudar lo de la pieza en la que frecuentaba dormir, comprar cerveza e intentar desligarse de una realidad en la que tan solo existir ya era un peso enorme.

Habló durante unos cinco minutos mientras unos pasajeros escuchaban música a través de sus audífonos, algunos se hacían los dormidos y otros ni siquiera disimulaban ignorar su discurso. Un niño sentado frente a él, que iba acompañado de su madre, nunca paró de prestarle atención mientras disfrutaba de una rica y grasosa empanada que le habían comprado.

Manuel finalizó su discurso y pasó por todo el bus para recoger las monedas, que esperaba le completaran por lo menos lo de la cerveza, pero nadie le dio nada, ni siquiera un mínimo rastro de servicio al prójimo. Exhausto del día que había tenido, esperaba la próxima parada con una mirada caída y una rabia interior que

iba en aumento. El bus paró, mientras Manuel bajaba el niño se le acercó con una sonrisa que se hizo notar en todo el lugar, le entregó unas monedas que, según él, había ahorrado; Manuel, sorprendido, agradeció chocando los puños con él. Luego, al momento de poner los pies en la acera, estiró lo que más pudo su brazo izquierdo y le rapo sin ningún peso de remordimiento la media empanada que le quedaba al niño. Mientras las puertas se cerraban, el vagabundo le dijo: “Así es la vida, mijo”, alzando los hombros y yéndose de prisa.

Mientras Manuel caminaba de afán, con la cojera que lo caracterizaba y media empanada en la boca, contaba las monedas que el niño le había dado. Sin embargo, antes de terminar de contar se dio cuenta de que esas monedas eran diferentes, algo extrañas; las detalló más de cerca y alcanzó a notar que eran damas chinas. Decepcionado y con una rabia interior que estaba a punto de estallar, las guardó y de una manera casi irónica se dijo a sí mismo: “Supongo que realmente así es la vida”.

Sin el dinero suficiente para pagar una pieza o comprar cerveza, decidió ir a la tienda más cercana, a tomar “prestadas” unas cuantas cervezas, que por lo menos le quitaran ese guayabo de mala tarde. Al llegar a la tienda le echó un vistazo por un rato, se percató de que el sector estaba muy solo y lo único que se podía oír era el ladrido de un perro de la calle; que al igual que Manuel, su única causa era la búsqueda de una supervivencia casi que miserable.

Manuel le echó un segundo vistazo a la tienda. Allí vio a una anciana que hacía el mercado de la semana, a Javier, el chico que atendía el mostrador, y un *six pack* de cervezas, postrado dentro de un refrigerador cerca a la entrada, que entre más observaba más sentía el desespero abrumador por saciar su garganta seca y volver a sentir

ese sabor amargo en su paladar. De una manera casi que asfixiante, el *six pack* llamaba a Manuel para que fuera tomado de una vez por todas, así que, sin pensarlo dos veces, el vagabundo se lanzó y entró a la tienda. Javier, al percatarse de su presencia, no dudó en decirle despectivamente: “La tienda no da limosnas y mucho menos yo”. Con una mano en la perilla del refrigerador, Manuel se detuvo y le respondió con una mirada fría y una frase de los *Simpson* que se había quedado impregnada en sus recuerdos desde que era joven: “¿En adelante viviré en un mundo en el que nadie confía en nadie? ¡No, me niego!”.

Javier, un poco confundido, vio en ese momento como ese extraño personaje se metía la mano en el bolsillo trasero de su pantalón. Al notar esto, y con una reacción casi que instintiva, Javier sacó un revólver calibre 38 que se encontraba en el inferior del mostrador, y sin dudar le disparó con alevosía. La anciana gritó del pánico mientras Manuel caía sacando su mano del bolsillo, dejando caer todas las monedas que tenía guardadas. Ya con este vagabundo miserable en el suelo y varias de las monedas rebotando, Javier se le acercó sin dejar de apuntarle, con una mirada que trataba de ocultar todo el miedo que llevaba por dentro, pero que hasta Holland March, de *The Nice Guys*, habría notado que estaba que se cagaba en los pantalones.

Javier no paraba de gritarle: “¡Donde está el arma!”. Manuel, en estado de shock y con poca lucidez, contestó: “¿Cuál puta arma?”, con un grito que muy seguramente alcanzaron a oír las viejas chismosas del barrio. Javier, al ver que Manuel no tenía nada más que unos cuantos pesos, entró en pánico y se agachó para tratar de ayudarlo, giró la cabeza en busca de la anciana y en cuanto cruzaron miradas cayó desmayada. Javier empezó a pedir ayuda a gritos, pero los únicos que se asomaron fueron cuatro perros callejeros, cual Jinetes del Apocalipsis que se

presentaban para el día del juicio final, causándole una angustia digna de cualquier feligrés católico.

Javier trataba de parar la hemorragia y le rezaba a Dios, pero nada funcionaba. Manuel, viendo que era incapaz de ayudarlo, tomo el arma que Javier había dejado en el suelo y lo golpeó en la cabeza hasta dejarlo inconsciente, se puso de pie con dificultad y se guardó el arma, abrió el refrigerador, tomo una lata de cerveza y la destapó mientras salía de la tienda.

Este vagabundo sin causa empezó a caminar sin un destino al cual ir. Mientras los perros lo seguían, caminaba débil, con un pie cojo, desangrándose, pero feliz, disfrutando de ese dulce y amargo sabor que le producía una cerveza totalmente suya, y no como siempre, bebiendo de los cunchos que dejaban por ahí tirados en las entradas de los bares. Manuel caminaba moribundo por las solitarias calles de la ciudad, dejando un rastro de sangre mezclado con cerveza, que muy seguramente se terminaría diluyendo con el paso del tiempo, al igual que su presencia en ese mundo. A Manuel ya no le importaba nada, no tenía nada por lo cual realmente luchar más que su vida. De repente, a lo lejos, reconoció su carreta de reciclaje, la cual estaba al otro lado de la esquina de la cuadra, y junto a ella estaba Pacho, ese maldito rostro que era imposible de confundir con alguien más; casi sin fuerzas, Manuel trato de dar otro paso, pero se desplomó en el andén sin soltar en ningún momento su preciada cerveza.

Mientras Manuel esperaba su muerte, vio como Pacho se dirigía hacia él, con esa mirada fría tan característica de su presencia. En el momento en que llegó Pacho, este vio a Manuel con cierta confusión, que luego se terminaría convirtiendo en una sonrisa cínica. Sin pensarlo dos veces, Pacho se agachó a quitarle la cerveza que

Manuel sujetaba casi como a su propia vida. Forcejearon durante unos segundos, hasta que el traidor de Pacho logró arrebatársela. Se puso de pie de nuevo, y Manuel moribundo, le dijo: “¡No se atreva perro!”. Pacho, con esa sonrisa cínica casi que impregnada en su rostro, no le dio importancia a las palabras del que alguna vez fue su mejor amigo y bebió lo poco que quedaba de ese líquido amargo ypreciado. Manuel intentó tomar venganza con el arma que traía guardada, pero esta se le trabó al intentar disparar. Ya, sin ninguna causa más que aferrara a Manuel a este mundo, dijo como un último aliento: “¡Pacho hijueputa!”.

Miguel Ángel Castrillón Alfonso
Cine y Televisión
Facultad de Arte, Comunicación y Cultura

El arenero de la discordia

Llevo varias horas y aún recuerdo el bramido que soltó, ese chillido tan patético, tan escalofriante que aún siento que mi cabeza va a explotar. No entendía qué estaba pasando. Ahora comprendo de lo que se trataba: sus asquerosas intensiones. Su espíritu es especialmente sumiso, es tan poco atrevido que me genera rabia. Es un cobarde.

No quiero volver a ver ese animal. La primera vez que hicimos contacto sentí que un buen espíritu se había colado en mi vida, pensé en dejarlo pasar una de mis tertulias. Pero ahora no puedo evitar sentir ganas de vomitar cuando pienso en su figura frente a mi puerta, necesito que se vaya y me deje en paz. Siento que es sucio, y estoy segura de que quiere estar en todas partes conmigo, se le nota en sus ojos desorbitados que se conforma con limosnas de afecto. Lo veo cuando estoy sola, cuando estoy con Simona, incluso en mi cuarto cuando estoy a punto de dormir siento que me está observando.

No tengo que vivir más esto, debo luchar por mí misma, ¡haré lo que sea por deshacerme de él!

...

La noche se me antoja lo más aburrida posible.

Cómo siempre nada qué hacer, pero ya veremos con qué podemos entretener nuestro cuerpo y espíritu. Me inclino para tomar un poco de agua antes del gran agite sempiterno.

Me escabullo por los rincones del edificio, siempre con gran sigilo y cuidado para no ser presa del peligro, aunque sí hay que pelear mucho mejor para mí, en el combate se decide si somos lo suficientemente dignos para afrontar todas las vicisitudes que acarrea la vida terrenal.

Meowwwwww, vuelvo a juntar mis colmillos, no hay necesidad de esforzarme tanto, ya se percató de mi presencia. ¡Pero que sublime! Pura ambrosía para el ojo esa cara, simplemente excelsa es su fisionomía. Su pelo se divide en la comisura ocular en ambos lados, a los extremos gris y en el centro la nariz blanca respingada que congela instantáneamente todo mi espíritu. Yo también te gusto, ¿no es así?

No va a ser nada fácil sentir nuestros cuerpos juntos, ¿cuántas otras veces tengo que contemplarte a través del cristal? Sé que también quieres estar conmigo, se nota en esas pupilas que se contraen y se dilatan rápidamente y en tus maullidos tímidos.

¡Otra noche debo deleitarme solo con mis propias creaciones oníricas! El olor de los arbustos a determinada hora es mi señal para irme. ¡Adiós amada mía!, bella hechicera que me obliga a pernoctar. Corro rápido por el jardín que ya se ha humedecido, disfruto de mi cuerpo y todas sus habilidades, siento el esfuerzo que hacen los músculos de mis patas traseras cuando trepo a lugares altos, me deslizo por los más estrechos pasajes que puedo encontrar, me reto a mí mismo a correr velozmente por los tejados, invento toda una pista de obstáculos con lo que encuentro. En lo más empinado observo el universo que me rodea con las patas bien firmes y mi figura erguida pienso: “Vivir en eterna juventud”. Ese es mi lema, ¡pobre de mi amada algún día tengo que mostrarle la maravilla de ser un animal!

...

Me gustan los animales, son los únicos que no disimulan hilaridad cuando me miran. Me quieren y yo los quiero a ellos como son. Jamás me van a contemplar como atracción de circo, odio querer salir corriendo cada vez que las gentes me investigan con sus miradas fisgonas, pero así son los seres humanos: crueles y despiadados por naturaleza.

Bueno, aunque ella. Hoy esperaba que se burlara o al menos en su cara se viera la incomodidad al ver un rostro con estrabismo, pero sorpresivamente parecía querer seguir hablando, no se veía con ninguna prisa por terminar la conversación. No pude evitar mirar sus labios e imaginar ciertos besos apasionados. No niego que me atraen sus piernas gruesas y sus mejillas de durazno, pero me da miedo pensar que una mujer de su estilo se pueda fijar en mí, yo que no soy más que un bufón. Además, es muy gentil, debo considerar que me prestó su viejo arenero para Daisy, eso fue sorprendente, nunca vi a una mujer ser tan complaciente conmigo.

Pero sí, tal vez ella haya sido amable conmigo solo por ser el dueño del edificio, solo amabilidad, punto. Más bien entro de una vez a la casa y dejo de ilusionarme.

—Deisy ya llegueeeeeee, tu arenerooo.

¡Maldita sea! ¿Cómo se me ocurrió dejar la ventana abierta?

...

Mi verdadero nombre no es Señor Bigotes; en realidad, yo pienso que uno tiene derecho a elegir los símbolos que se utilizarán para designar toda la complejidad de un ser, mi nombre autónoma y

deliberadamente elegido es Fausto. Alguna vez, durante una tertulia con sus escandalosas amigas, una de las mujeres que me regalan comida mencionó cosas interesantes sobre aquel personaje y me gustó.

Indudablemente, esas tertulias sí que son tediosas, vienen todas con sus pañuelos verdes en el cuello, se sientan aquí en la sala y se ponen a discutir sobre la lucha ¡Pero jamás luchan! Yo siempre ansío ver un combate en el que los cuerpos lleven al límite toda su capacidad y la violencia no de tregua, pero no es así. Luego de horas mencionando las ventajas del patriarcado se van, y si no me he dormido del aburrimiento para entonces, me levantan de mi lecho, me miran con sus ojos llenos de líquido negro seco y limpian sus manos en mi pelaje. ¡Y tanto que me cuesta acicalarme!

Ya me exasperé un poco con ese recuerdo, aprovecho que están dormitando para clavarle uno de mis colmillos en sus pies, deben hacerse responsables de mí molestia. Además, el ocaso fue reciente y necesito entretenerme, pues aún no es la hora indicada para salir.

Resoplo y me percato, ¿qué es este aroma que me llega a las fosas nasales?

Intento mirar por las pequeñas fisuras de la puerta, sus zapatos huelen a otro de mi especie. ¡NO!, ¡a otra de mi especie! Pero, ¿qué hace allí parado? No se ve interesado en que su presencia sea percibida.

...

—Daisyyyy...

Ya no sé dónde más buscar, la he buscado por todas partes. Ya está anocheciendo.

Si, no he ido allá, pero, es que no me gustaría que piense que otra vez quiero hablar con ella, que sienta que estoy desesperado o enamorado. ¿Qué hago?

¡Qué más da!, voy a echar solo un vistazo, además tengo un pretexto real para ir a su casa, estoy buscando a mi gata, punto. ¿No es verdad?

Doy algunos pasos, pero el miedo me domina. ¿Y si ella piensa que soy un acosador? Me detengo silenciosamente en su puerta, sé que fue mala idea venir, mejor me voy. Estoy a punto de irme cuando una visión se cuele por las rendijas de aquella puerta. Inevitablemente veo con el ojo siniestro, la luz del alumbrado público me dejaba ver un poco de los dos cuerpos desnudos que se recuestan en la alfombra, dos pares de senos, dos caderas anchas y cuatro piernas magníficas que se entrelazan de diferentes maneras. Sé que debo irme, no logré ordenarle a mi cuerpo que gire, las medusas me han vuelto roca.

Me tapo el ojo diestro para tener mejor visión por mi ojo bueno, pero ya no están allí. Se abre la puerta y ya no tengo tiempo de reaccionar, solo alcancé a gritar por la frustración, corro a ocultarme, tengo que sepultar toda mi vergüenza, necesito eliminar de mi memoria la reacción de asco que me dejó ver su cara, sé lo que debe estar pensando, soy un bizzo horrible acosador, eso es lo que soy.

...

Limpiar es una de esas cosas que sostiene mi existencia, además del combate y la cópula. Claro que si meditamos, lo uno es necesario para el otro. La estética es uno de aquellos determinantes de la victoria en el mundo tanático y erótico. Aunque siempre es duro tener que meter la lengua entre los dedos, es lo único tedioso, pero la

gracia nunca ha sido opcional para los que de nuestra esencia tanto depende esta. Debo apresurarme, tengo que embelesarme con la magnificencia encarnada, no vaya a ser que la bella hechicera haya hipnotizado a otros con su encanto, aunque hace noches que no he conseguido contemplarla, tal vez el hombre que le regala comida se la llevó, a ese tampoco lo volví a ver después del alboroto en la puerta.

Lengüetazo, escupo el pelo, otro lengüetazo y más pelo, lengüe...

¡Por Dios!, ¿qué digo?, ¡por Goethe!

¿Cómo es posible?, ¿cómo es posible que una pupila se dilate y pueda hacerme revolver las entrañas hasta querer morir? Todo el universo condensado en un solo órgano, quien lo diría.

Así estamos por varios minutos, observándonos, planeando cada movimiento. ¡Mi bella hechicera en mí propio territorio! Me acerco con parsimonia, nos olfateamos un rato; respirar el aroma de su pelaje, ver sus ojos tan cerca, sus gruesos bigotes, eso indiscutiblemente es vivir. Amago para jugar un poco, pero en segundos ella apertura la danza con sus patas traseras, mi cuerpo tiene el control por completo, soy ahora un espectador, eros se libera, siento las carnes juntas, los pálpitos se coordinan en un ritmo vivificante. Llega la epifanía: mi nacimiento es una justificación mediocre de una experiencia fundamental que se materializa en el ahora, ¡he regresado a la totalidad!

...

Juré que no volvería, no quiero revivir lo de la semana pasada, ¡lo sé!, pero escuché unos ruidos extraños, estoy seguro de que es Daisy.

Ellas no están, lo sé por sus bicicletas, me aseguré de que no estuvieran en el parqueadero, además las vi salir está mañana, seguro estaban hablando de mí y de lo horrible que soy. Otra vez frente a la puerta de la miseria, con cuidado pego los tímpanos a la entrada. ¡Sí, es mi Daisy!, está maullando muy fuerte, sé que no tengo derecho a pasar, pero parece adolorida, no puedo dejarla así, tengo que abrir ahora, no puedo vacilar, hoy no.

...

No sé cómo todo esto terminó así. ¡Solo quería un poco de justicia para mí y para el Señor Bigotes, la rabia me recorre toda la espina dorsal cada vez que pienso en lo que debió hacerle a mi gato, sé que él es el culpable, ¡si tan solo hubiese llegado unos minutos antes! No puedo perdonarme no haberlo salvado de ese monstruo.

Sororidad era lo único que buscaba, quería que las mujeres de la comunidad se enteraran de su perversión, su desfachatez y su poca gallardía. ¡no debí subir ese video! Simona me alentó a buscar escarmiento en la opinión pública, pero no imaginé que su frustración fuera tal que se autoflagelara de esa manera.

Pero es un hecho que ahora jamás me podré deshacer de él, desde este instante me acompañará, cuando esté sola o con mi novia, cuando esté despierta o dormida, pues en lo más profundo de mi inconsciente las cuencas derretidas de sus ojos han quedado estampadas para la eternidad.

...

No sé en qué momento eros se convirtió en Tánatos, recuerdo que estaba levitando más allá del tiempo y el espacio. Y al regreso los ojos gravitacionales absorbieron todos mis alientos, y en la debilidad el

anhelado combate se presentó sin ningún tipo de aviso; ella aprovechó y se transformó en mi verdugo, no hubo tiempo para una réplica, sus movimientos fueron más ágiles que los míos, mi carne fue masilla que ella utilizó para enterrar sus colmillos y garras, me convertí en presa. La alfombra se llenó de plasma y yo caí, no sin antes mirar por última vez el destino de mi genética.

Cierro los ojos, me cuesta un poco respirar, siento que el dolor apabulla cualquier pensamiento, excepto uno: soy feliz.

¡De esto se trata vivir en eterna juventud!

Laura Camila Sánchez Garzón
Licenciatura en Filosofía
Facultad de Humanidades, Ciencias Sociales y Educación.

Objeto 19-88

El Volkswagen Karmann, de elegante tonalidad gris, se desplazaba velozmente en la carretera bordeada por una extensa hilera de árboles. El conductor observó el luminoso letrero que anunciaba la Ciudad de Montebello a tan solo cinco kilómetros de distancia.

Con una mirada constante y preocupada, vigilaba el retrovisor, la lluvia arreciaba, reduciendo la visibilidad a casi nada, en medio de ese torrencial diluvio. En el horizonte se podía observar con letras grandes “Café Rizo”, como un faro de bienvenida para los viajeros cansados; su estilo rústico y las letras capturaban la esencia del lugar.

Estacionó el automóvil en el frente, ocupando un espacio reservado para personas con discapacidad. Retiró de la parte posterior del automóvil la matrícula y la cambió por una de tono azul, para evitar sospechas. Su diseño detallado y su acabado especial imitan perfectamente las placas oficiales, haciéndola inconfundible a simple vista. Además, estas paradas de carretera resultan sumamente convenientes y suelen estar desocupadas la mayor parte del tiempo. Observando a lado y lado, el hombre abre la puerta derecha del auto, extendió el brazo y extrajo una caja de tonalidad café; enseguida la colocó bajo el brazo rápidamente, corrió hacia el Café Rizo para

resguardarse de la lluvia, mientras observaba las luces de dos autos que se perdían en la distancia.

Al entrar, sus ojos recorrieron el lugar en busca de un refugio temporal. Fue acogido por la melódica y enérgica canción de Bill Haley, “Rock Around the Clock”. Esta composición flotaba en el aire y salía de los altavoces, tejiendo una suave armonía que abrazaba el ambiente con un toque de nostalgia, brindando un respiro bienvenido en medio del ajetreo del día.

Dentro del local, tres empleados se encontraban detrás de la barra, y una sola alma sentada en una de las mesas.

Bajo la luz parpadeante del neón que anunciaba “soda”, un teléfono negro colgaba de la pared. Del bolsillo derecho sacó con cuidado un papel arrugado, sus trazos corridos por las gotas de la lluvia apenas se podían visualizar.

Con una determinación el hombre descuelga el auricular y sus dedos sobre las teclas marcan con firmeza los dígitos 5-12-9-20-1. Cada clic del teléfono era una nota en la sinfonía de la incertidumbre. El tono resonaba en la cafetería, aumentando la tensión en el aire. El hombre aprieta el papel con fuerza, sintiendo la textura áspera entre sus dedos.

Después de unos tonos, una voz familiar contestó.

—¿Hola? —dijo el hombre, con un tono cargado de alivio.

Ya está hecho —murmulló en voz baja, esperando impaciente su respuesta.

Con un movimiento brusco gira su cuerpo, y continúa:

—Las cosas se salieron un poco de control señor “P”, pero tengo lo que solicito.

—¡Bien! —respondió el señor “P”.

—Me encuentro en un café que queda en la carretera cerca de la Ciudad de Montebello, se llama Café Rizo, lo estaré esperando.

—De acuerdo —contesta el señor “P”.

En ese momento resonó en el Café Rizo una suave campanilla que anunciaba la entrada de alguien.

Era una familia, un niño pequeño acompañado de sus padres. El niño miró a su padre con ojos brillantes.

— Papá, ¡me prometiste waffles! —.

El padre sonrió y asintió, respondiendo

— ¡Claro que sí, hijo! Vamos a pedir esos deliciosos waffles—.

La madre miró hacia la ventana y observó la fuerte lluvia que caía.

—Marcus esa lluvia no es normal en esta época del año — dijo la madre con mirada preocupada.

—Elena, no otra vez con tus supersticiones —responde Marcus con un ceño entre sus cejas.

El hombre, mirando el reloj en forma de dona y con cuatro cafés consumidos, esperaba impaciente al Señor “P”.

El hombre se giró con rapidez para observar cuatro individuos elegantes, habían llegado en un auto Toyota Crown de color gris oscuro metálico. Sus ojos examinaron sus rostros, entre ellos el de un hombre que vestía un impecable traje de color negro, con líneas nítidas y una elegancia que imponía respeto.

Con el corazón latiendo con fuerza, se preparó para lo que vendría a continuación.

“Ting-ting”, sonaron las campanillas de la puerta del Café Rizo, los individuos elegantes avanzaron con determinación hacia la mesa del hombre. Una mirada fría y calculadora se posó sobre él. El hombre vestido con un impecable traje negro, sin decir una palabra, dio una señal a los otros sujetos que lo acompañaban.

El hombre disimulaba bien los nervios que sentía en presencia del Señor “P”.

— Bueno, señor Silas, así es como debo llamarlo —dijo el Señor “P”, su mirada penetrante fija en él.

— Sí, profesor —respondió Silas con firmeza, manteniendo su compostura a pesar de la tensión en el aire.

— Bien, creo que es el momento de que me muestre lo que me pertenece —dijo, moviendo sus manos con firmeza.

Las personas del Café Rizo observan a los sujetos extraños, preguntándose qué podrían estar discutiendo. En la atmósfera del lugar se podía percibir una leve tensión palpable, mientras todos intentan comprender la situación.

La mesera, con una expresión de curiosidad, se acerca a los hombres y pregunta:

—¿Qué desean, caballeros?,

Uno de ellos responde:

— Preciosa, ¿podrías traernos algo para calentarnos un poco de esta lluvia?

— Claro, enseguida les traigo algo caliente —responde la mesera con una sonrisa.

— ¡Daniel, ya tienes el pedido de la mesa dos! —dice la camarera.

— En proceso señorita Lucía —responde Daniel.

La atmósfera se carga de ansiedad mientras Silas se prepara para revelar el contenido de la caja, la cual tiene una etiqueta en su esquina que dice: “Objeto 19-88”.

Silas sostenía la caja con manos temblorosas, manteniendo sus ojos fijos en ella, como si temiera lo que pudiera contener.

— ¡Pero antes de seguir! —exclama Silas.

— Sabe muy bien de su contenido.

—¿Verdad? .

— El lugar de donde lo saqué era un búnker —explica Silas.

Mirando el “Objeto 19-88” el profesor responde:

—Yo soy la persona que encontró esta preciosa pieza, sin embargo, la burocracia y las malas decisiones de la exploración científica hicieron que me quitaran lo que legítimamente me pertenece.

El profesor, con manos temblorosas, abre el contenido de la caja y desenvuelve con cuidado el objeto 19-88.

Lo que observa es un disco de forma octagonal, su superficie metálica con un brillo misterioso, con detalles en granito.

— ¡Esto es... increíble! —murmura el profesor, con ojos brillantes de asombro y fascinación.

En el momento en que el profesor entra en contacto con el objeto 19-88 el Café Rizo comienza a cambiar drásticamente.

Las luces del lugar empiezan a centellear de manera inquietante, la música es interrumpida con un ruido estático, ¡GRRRR...!, como si estuvieran respondiendo a una fuerza invisible.

Un escalofrío recorre la espalda de Silas.

Pero la determinación del profesor es seguir adelante, sabía que este momento era crucial para lo que estaba esperando hace mucho tiempo.

El aire parece cargado de electricidad, crea una atmósfera de mucha tensión.

La lluvia sigue cayendo con fuerza. Como si el clima estuviera respondiendo al objeto 19-88, el sonido de las gotas golpea los cristales de las ventanas del Café Rizo, se mezcla con un zumbido y crea así una sinfonía única.

Todos observan la escena con cierto temor sintiendo una extraña sensación que emana del objeto 19-88, un resplandor intenso se proyecta con sombras en las paredes del Café Rizo, la luz parece tener vida propia.

Las voces del lugar quedaron ahogadas por un fuerte zumbido, y la luz formó una atmósfera surrealista que desafiaba toda lógica y razón.

En ese momento, un fuerte estruendo sacude el lugar, haciendo temblar las paredes y el suelo del Café Rizo.

Todos se aferran a lo que pueden, tratando de mantener el equilibrio en medio de la sacudida.

Un destello final apaga el objeto 19-88 y deja a todos en un silencio abrumador. La habitación vuelve a la normalidad, pero el impacto del evento perdura en el aire.

La lluvia ha cesado de repente, la gente se levanta del suelo, se miran unos a otros preguntándose qué ha ocurrido aquí.

Silas se gira hacia el profesor, cuyos ojos están fijos en el objeto 19-88, la expresión de su rostro es de asombro.

— ¿Qué... qué acaba de pasar? —pregunta Marcus, con voz temblorosa, abrazando a su hijo.

La mesera Lucía observa la escena con ojos bien abiertos, sin saber cómo reaccionar.

Daniel observa las ventanas y señala algo en ella.

Uno de los escoltas del profesor sale corriendo del Café Rizo, dejando atrás lo ocurrido con el objeto 19-88. Cuando pisa la calle se da cuenta de que algo extraño está pasando.

El lugar parece haber caído en un profundo silencio, como si todos los sonidos hubieran sido acallados, como si fuera el espacio.

A medida que exploraba su entorno, cada vez su desesperación aumentaba al no encontrar señales de vida, y la ausencia del viento en su piel lo desconcertaba aún más.

En un intento por escapar de esta situación, él corre hacia el auto.

Lo enciende y acelera, buscando desesperadamente alejarse de ese lugar.

A medida que avanza por la carretera, puede presentir que algo está profundamente fuera de lugar. No importa cuánto acelere, el paisaje parece repetirse una y otra vez, como si estuviera atrapado en un bucle eterno.

Finalmente, el hombre llega al mismo punto frente al Café Rizo. Al observar este extraño suceso, comienza a repetir en su mente:

—¡Esto no es posible, esto es un sueño!

Su corazón late con fuerza, con una mezcla de terror y confusión.

Al igual que los demás, ninguno lo puede creer.

El objeto 19-88 ha revelado su poder y su significado, pero las respuestas aún están por descubrirse.

Andrés Pérez Suárez
Cine y Televisión
Facultad de Arte, Comunicación y Cultura

CATEGORÍA EGRESADOS

Rosa en llamas

Siempre me ha gustado el sonido del campo colombiano en las noches. Los insectos hacen un coro que me inspira tranquilidad. Ciertamente, la ruralidad es para los bogotanos una escapatoria. ¿Quién no ha cruzado la Autopista Norte o Sur con cierto alivio? Todos sin duda necesitamos una huida de aquella ciudad agitada, nerviosa y beligerante.

Para ir a la casa de mis abuelos es indispensable seguir toda la ruta del río Bogotá y, por supuesto, cruzar por el salto del Tequendama. Cuando paso por allí y siento el fétido olor que expulsan las aguas residuales de toda la ciudad me gusta imaginar una realidad distinta, pienso en lo bien que la pasaría con mi familia en un paseo de río ¡si tan solo el agua estuviera limpia!

La historia que voy a contar no me sucedió a mí, es uno de los pocos relatos que mi abuelo Guillermo recuerda de sus épocas de juventud. En realidad, mi abuelo tiene mala memoria tanto del pasado como del presente. Sin embargo, algunas veces después de la comida se sienta en la vieja mesa de madera mirando hacia la oscura montaña, con su ruana negra y sus botas de caucho se acomoda en la silla y con voz temblorosa evoca momentos de su pasado. Frecuentemente, suele recordar situaciones dramáticas que vivió por aquella época en la que la violencia bipartidista entre

liberales y conservadores no le daba tregua a nadie, ¡ni siquiera a los campesinos como mi abuelo!

Unos días atrás mientras sonaban las cigarras y los grillos, y la única luz que nos acompañaba era la de la luna, su voz gruesa relató lo siguiente.

Hace años cuando trabajaba recogiendo café, una tarde mis compañeros me invitaron a tomar unas cervezas en la taberna del pueblo, yo les dije que sí, pero luego me puse a pensar que Mariela, su abuela, estaba muy ocupada con los niños, al fin y al cabo ella también había estado trabajando todo el día en el otro cafetal. Entonces les dije a mis compañeros, habiendo terminado de pesar los bultos de café, que no podía y que sería mejor otro día. Parece que tomé la decisión correcta porque esa noche hubo una tormenta tan terrible que los cables de la luz se cayeron y solo hubo penumbra.

Yo me acosté a dormir pues estaba cansado y el día siguiente habría de ser igual de duro. Llegó la mañana, partí hacia al cafetal, saludé a don Pedro, mi jefe en ese entonces, y busqué la canasta para recolectar todos los granos maduros. Alirio se me acercó y me dijo:

—Quiubo paisano ¿usted se acuerda de don Tulio?

—¿Cuál?, ¿su vecino?, ¿el que tiene cáncer?

—El mismo

—¿Oiga, al fin como les fue anoche?

—Pues eso mismo es lo que le quiero contar, yo no sé si ayer tomé mucho o qué, pero imagínese que cuando iba pa' mi casa, ahí subiendo por la mata e' guadua, me encontré al viejito ese, vestido como de paño y me dio un ramo de rosas negras.

—Eso si está muy curioso, ¿qué haría ese señor a esa hora de la noche y con semejante aguacero que cayó?

—Yo no sé hermano, pero, tengo miedo. Pa' mí que eso fue una aparición. Y además se me hizo muy raro porque yo lo vi un momento y después ya no estaba.

—Que va, eso fue por ahí que usted estaba muy borracho. Además, ese vejito todavía está vivo, raro sería si estuviera muerto.

No hablamos más del tema. Alirio me caía bien, pero no le tenía confianza. Era un poco tramposo, a veces robaba café a otros trabajadores para ponerlos en su cesta y hace años que había estado peleando por un terreno que no era suyo.

El relato de mi abuelo fue interrumpido por mi abuela, pues necesitaba que le ayudáramos a servir un poco de tinto para calentarnos. Mi abuelo siguió con su narración no sin antes llevarse un poco de tinto a la boca con sus manos temblorosas. Prosiguió.

Le comenté a Mariela lo que Alirio me había dicho; su abuela no me puso mucho cuidado. A la mañana siguiente volví a mi trabajo y todos los caficultores y recolectores estaban hablando. Les pregunté qué pasaba y me respondieron:

—Guillermo, ¿cómo le parece que anoche mataron a Alirio?

—¿Cómo?

—Sí, ayer le dispararon. Dizque para arreglar cuentas. Hoy son las exequias, ¿va a ir?

—Sí, yo creo.

La noticia me había tomado totalmente por sorpresa. Ese día fue triste trabajar pensando que nunca más volvería a ver a mi amigo, pero la vida en el campo no puede parar ¿no? El que no trabaja no come. Así que, al anochecer, después de una dura jornada, eso sería un viernes, fuimos con Mariela ahí a la iglesia de Santandercito. Los familiares decidieron que el velorio tenía que ser con velas, no con luz eléctrica. Todos rezamos el rosario y como es tradición pasamos a ver el muerto. Lo habían maquillado, pues se veía muy pálido y él

era moreno. No sé si era la opaca luz de los cirios o el color pálido de su piel, pero cuando me acerqué pude ver en sus manos unas cuantas rosas de una tonalidad tan oscura que parecían hechas de ébano. No quise relacionar los acontecimientos con lo que Alirio me había contado, pues nunca he creído en brujas, en huacas o en ninguna de esas cosas que se escuchan por ahí. No obstante, ese no fue el único muerto que velamos ese mes. Tres días después de la muerte de mi amigo, ósea el lunes, su abuela me dijo que el cáncer finalmente se había llevado a don Tulio de este mundo. Velamos al señor, rezamos el rosario como lo habíamos hecho antes y no pude evitar preguntarme si tal vez don Tulio quiso avisarle a Alirio del peligro, pero quizá los mensajes de las ánimas no siempre son tan claros.

Mi abuelo terminó de un sorbo el tinto que le quedaba, nos miró y creo que iba a decirnos algo más, pero la lucidez del momento se disipó y su memoria se esfumó. Nos dijo con cierto tono de decepción:

—Antes se mataban por ser liberales o conservadores.

Se paro un poco confundido y se fue a su cuarto a dormir. Mi abuela nos dijo que fuéramos a descansar también porque ya estaba tarde. Yo aparté a la gata Josefa de mis piernas y sentí un gran alivio porque todo el rato estuvo clavando sus uñas en mis muslos. Antes de acostarme miré hacia las plantas de guadua y sentí un poco de escalofrío.

Esa noche fue muy fría, no podía dormir. La historia de mi abuelo me había hecho cuestionar todo el escepticismo que siempre he tenido con todo tipo de fenómenos paranormales. Me levanté a la media noche porque necesitaba ir al baño, no quería salir porque

este está algo retirado de la casa y, de alguna u otra manera, no quería ver nada que me pudiera asustar. Fui casi corriendo al baño. Cuando me devolví hacía la casa, sucedió algo extraño. Aquel sonido, el que me produce tranquilidad, cesó: ¡las cigarras se habían callado! Era el silencio absoluto, quise gritar, pero una voz gruesa se me adelantó y me susurró:

—A veces los más vivos están más acá que allá, o ¿cómo es que ustedes dicen?

De esa velada no recuerdo nada más, me desperté en el cuarto sin saber cómo había llegado, pero sin duda el mensaje parecía haber sido contundente: no se necesita estar muerto corporalmente para que el alma ya se haya ido a un plano diferente.

Sebastián Alonso Rey Díaz
Negocios Internacionales
Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas.

Nos dieron en la madre

Luego de la debacle del 98 me había jurado a mí mismo no volver a verla jamás. Pero ahí estaba, aterrizando de nuevo en el Aeropuerto Internacional a bordo de un Boeing 767, mirando por la ventana hacia el horizonte y sintiendo la melancolía, reviviendo las razones de mi viaje. Al descender, mi primer instinto fue buscar un taxi. El vehículo se detuvo al hacerle la señal. Cuando miré al retrovisor, noté que mi conductor era latino. Por alguna razón y pese a mis oscuras gafas podría jurar que compartió la misma impresión que yo al verme. Me sonrió, y sin siquiera un saludo, soltó una expresión cargada de un aire de superioridad que en un principio me desconcertó: “Les vamos a dar en la madre”. En mi inglés que hacía rato no usaba y con la finalidad de “hacerme el gringo” a lo que hacía unos segundos me había expresado aquel bigotón, lo saludé e indiqué con frialdad la dirección de mi hospedaje. Mi chofer de turno volvió a sonreír y sin chistar me trasladó a nuestra vieja casa familiar, que por ese entonces se encontraba rentada a los Cruz, quienes llevaban en este país ya varios años.

Cuando traspasé el umbral de la puerta noté lo cambiado de la vivienda que por algunos años fuera mi hogar; dejé atrás mi inglés y las gafas que me protegían del mundo exterior. Los Cruz me recibieron con una familiaridad que me sorprendió; me saludaron como si me conocieran desde siempre. La llamada de mi

padre recomendándoles a “su muchacho” había surtido el efecto deseado. Sin embargo, la primera conversación con don Facundo no resultó precisamente agradable para mí. No indagó acerca de mi familia ni de mi viaje; en lugar de eso, comenzó a hablar de ella. La recordó vívidamente, destacando sus logros en un momento en que, en contra de todas las expectativas, estaba en la cúspide de su éxito. A pesar de mi juramento de olvidarla y no volver a sufrir por nimiedades, ya tenía conocimiento de sus recientes hazañas. Había visto su imagen en las páginas de un diario y había oído a los periodistas hablar de ella en la radio y la televisión. Era la sensación del momento... y yo, que me había jurado a mí mismo dejarla en el pasado.

Intenté disimular mis emociones y con dificultad cambié de tema. No obstante, el hombre obeso y astuto clausuró de inmediato nuestra conversación. Sonriendo pícaramente, me dijo con una seguridad intrigante: “No te hagas güey, el domingo les vamos a dar en la madre...”. Sus palabras resonaron en mis oídos como un presagio misterioso y su sonrisa me dejó con una inquietud cargada de inquina que no pude ignorar.

El agotamiento del viaje me sumió en una noche en la que apenas pude degustar un par de tortillas fritas y una enorme bebida llena de hielo que me supo a maíz y chocolate, dulce y ácida a la vez, perfecta para la sed que traía. Todo lo que ahora deseaba era el abrazo de Morfeo y el olvido. Al despertar, como buenos latinos, me instaron a acompañarlos a la fiesta de cumpleaños de un amigo. Decidí ir, total no tenía nada que hacer. Al llegar me recibió una casa impregnada del incesante pero agradable sonido de mariachis y banda. Conocí a los García, gente amable; me ofrecieron de todo,

abundaban los tacos, el tequila por aquí y el mezcal por allá. Lo estaba disfrutando mucho, me sentía uno de ellos hasta que el señor García, en medio del jolgorio y con un buen traspies de licor en su haber, llegó con uno de los regalos que había recibido aquella tarde: una playera con lo que para ellos eran colores sagrados. Sin ningún respeto ni pudor empezó a enrostrármela, no sé si buscando burlarse de mi origen o queriendo recordármela a ella. A pesar de mi sonrisa hipócrita, una creciente incomodidad se apoderaba de mí ante el cúmulo de situaciones que empezaban a fastidiarme.

Lo evoco con claridad. El 28 de julio opté por buscar auxilio divino para los próximos tres meses que mi estadía en esta nación habría de abrazar. Tenía presente que la Iglesia de San Antonio de Padua se alzaba no demasiado lejos. Ofrecían misa en español e inglés. Caminé veinticinco minutos por el El Monte Busway Toll Road y allí me encontré con la capillita de mi juventud, llegué justo a tiempo. La comunidad era fervorosa. Después de la celebración, el sacerdote emitió los habituales anuncios parroquiales, dio la bendición y con un acento más azteca que las enchiladas preguntó: “¿Quiénes están al cien para mañana?”.

Un rugido estremecedor brotó del 99% de los feligreses, parecía una arena de batalla enardecida al salir de los gladiadores; incluso el grito fue más apasionado que los cánticos que habíamos entonado durante la ceremonia. No hicieron sino recordármela una vez más. Crucé una mirada desafiante y a la vez jocosa con el religioso y salí de allí, fastidiado y a la vez envalentonado, ya poco me importaba el juramento. Estaba resuelto: “¡Al día siguiente, volvería a verla!”. En gran medida gracias a esos “cuates” que, desde mi regreso a esta tierra, no cesaron de recordármela.

Llegó el 29 de julio, 4: 20 p. m. hora de Bogotá. Me senté en una silla aparte, pero en la misma sala con los Cruz. El televisor ya estaba encendido, la tensión era total, apenas cruzábamos palabras, pese a que yo estaba agradecido por todas sus atenciones. Al fin llegó el momento, cinco minutos de espera y volví a verla, al menos por televisión... el enojo por sus fallas de los últimos tres años se me pasó, le guardaba cariño y ahí estaba ella, con el clásico color amarillo que tanto me gustaba, y yo volvía a sonreír, solo esperaba que no me hiciera pasar de nuevo una vergüenza.

El sufrimiento y las dudas clásicas en estas instancias se apoderaron de mí. No quise recibir el tequila que estaban tomando los Cruz para pasar la ansiedad. Estoy seguro de que, pese a que permanecían sonriendo, estaban peor que yo, lucían muy asustados. El tiempo transcurría y todo seguía igual. De repente, en el minuto 65, un salto del 2 y “al fondo de las piolas”; me levanté de la apartada silla que se fue al suelo con el brinco, y como un desahogo por la presión de los días anteriores, grité el tanto, seguido de un madrazo monumental que se debió escuchar por todo Los Ángeles. Finalizó el tiempo y la euforia vivía dentro de mí, parecía que se me iba a salir el corazón, “la sele” estaba de regreso.

Ahora era yo quien levantaba la copa de tequila que antes había rechazado, y ellos, aunque lejos de allí, también alzaban la Copa. Yo estaba de visitante, y ellos de locales, pero celebrábamos juntos. Pensé, con nostalgia y por un instante, en la alegría y la fiesta que se debían vivir por esas horas en mi tierra.

Pasaron ocho días, iba un poco tarde, por eso decidí tomar un taxi. Le dije en español al chofer “Buen día, a la Capilla de San Antonio de Padua”, con tal suerte de que era el bigotón, que queriendo

“hacerse el gringo” solo atinó a decir con frialdad “Ok míster”. En menos de cinco minutos estuve en la iglesia, ya el ambiente no era tan festivo, más bien parecía de funeral. Terminó el oficio religioso, dieron los anuncios parroquiales y llegó la bendición. Esperé a que las típicas señoras beatas saludaran y se despidieran del padrecito. Crucé una mirada desafiante y a la vez jocosa con el cura. Antes de que yo dijera algo, él soltó una expresión cargada de un aire de resignación: “Órale güey, nos dieron en la madre”.

Emir Giovanni Torres Torres
Cine y Televisión
Facultad de Arte, Comunicación y Cultura.

Recuerdos de un amor

Juana empezaba su día con la mala costumbre de revisar sus redes sociales en cuanto despertaba. Después de perder varios minutos, se daba cuenta de que se le había hecho tarde para seguir su rutina, la cual consistía en bañarse, alistarse para su jornada laboral, preparar el desayuno e irse al trabajo. Camino a su trabajo recordó lo que su mamá le había encargado: le pidió que no olvidara comprar el pan en la noche al regresar, por lo que Juana decidió poner una alarma en su celular para combatir su mala memoria. La mamá de Juana se llama Martha, pero es más conocida con sus vecinos como doña Martha, una mujer de una nobleza enorme, siempre alegre y muy inteligente, una mujer que muchos describirían como berraca. Juana a veces se preguntaba cómo fue posible que su madre la hubiera sacado adelante sola, darle un techo, alimento y educación, simplemente algo imposible para ella que a sus veintinueve años seguía confundiendo el cilantro con el perejil. Durante el día una vecina acompañaba a doña Martha mientras Juana trabajaba, puesto que ya tenía setenta años y algunas cosas le costaba trabajo hacerlas por su cuenta.

Ese mismo día, saliendo de su trabajo Juana pasó por un almacén de ropa y se quedó viendo desde la vitrina un vestido que llamó su atención. Era de color lila y tenía unas rosas bordadas en la falda. Juana recordó que su mamá le había comprado un vestido

muy parecido cuando tenía diecisiete años; conectándose de nuevo con el presente impulsivamente entró a la tienda y compró el vestido. Cerca de casa compró el pan que su mamá le había pedido, entró a su casa y escuchó a su mamá decir

—¿Adrián? ¿Eres tú Adrián?

A lo que Juana respondió:

—No mamita, soy Juana.

Adrián hacía muchos años no iba a la casa.

Juana le preparó un café y le llevó dos rebanadas de pan. Su mamá la miró y le sonrió, sólo dijo gracias y se llevó el pan a la boca.

Al finalizar su día con aquella mala costumbre Juana revisaba su celular, se mentía a sí misma diciendo que necesitaba leer las noticias, pero la verdad es que nunca había nada verdaderamente importante, era una excusa para distraerse de la realidad. Algunas veces Juana lloraba, sentía un dolor muy profundo en su corazón. En esas noches decidía ir al cuarto de su madre, la veía descansar profundamente y envidiaba esa sensación. Ojalá ella pudiera dormir así de plácidamente, pensaba Juana, viendo a su madre ahí recostada recordaba cuando era ella quien cuidaba sus sueños y la protegía de pesadillas. Cuando era niña, una noche decidió ver una película de terror. Sus amigos le aseguraron que no daba miedo y ella inocentemente les creyó. Lo cierto fue que en la noche, inmersa en la oscuridad de su cuarto imaginaba que una mano huesuda salía de su cama y la arrastraba al suelo. Juana salió de su cama corriendo y fue a buscar a su madre, quien decidió acompañarla a su cuarto y se recostó junto a ella, Juana totalmente asustada le pidió a su mamá que no se fuera.

—No me iré nunca, te prometo que me quedaré aquí contigo
—le respondió.

Esa noche durmieron juntas. Fue de las últimas noches que durmió con su mamá, después fue muy grande como para querer compartir su cama y en sus dramas adolescentes jamás permitiría que su mamá durmiera con ella, ¿Qué dirían sus compañeros si supieran? “¡Qué oso!” pensaba Juana, pero esa noche en la que Juana veía a su mamá dormir se sintió de nuevo de diez años y se acostó a dormir a su lado, la abrazó y le susurró al oído: “No te vayas nunca mamita...”.

Al siguiente día Juana despertó temprano a preparar el desayuno, suspiró y se sintió aliviada de recordar que era sábado y no tendría que ir al trabajo, pensó en salir con su mamá al parque, así que durante el desayuno le contó sus planes y ella asintió.

Era un día soleado en Bogotá Hacía el tipo de sol que a veces puede desesperar a los ciudadanos, pero su mamá parecía complacida de estar ahí, contemplando a los niños que jugaban. Por el contrario Juana quería regresar a su casa, sin embargo, disfrutaba más compartir esos momentos con doña Martha. Allí también recordó que en ese mismo parque veinte años atrás se golpeó en un brazo cuando aprendía a montar bicicleta, aunque eso no la detuvo. Juana quería seguir intentando, su mamá le decía que no se rindiera porque ese día aprendería a montar en bicicleta, su mamá le enseñó y ella se sintió la niña más feliz y capaz del mundo. Juana sonrió al recordarlo y miró a su mamá, la tomó de la mano, sintió que estaba tibia, se fijó en sus pecas y las arrugas que ya tenían. Sosteniendo aún su mano le dijo que era hora de regresar, pero su mamá cambió drásticamente su expresión y gritándole dijo: —¡No! Yo no me voy, yo me quedé aquí —Juana se sonrojó al pensar que las personas en el parque las estaban viendo, ella siempre había evitado exponerse en público, sobre todo en discusiones.

—Vamos mamita, ya debemos regresar —le dijo Juana, pero doña Martha se veía muy enfadada.

—No me quiero ir ¡yo no sé quién es usted, déjeme en paz!
—gritaba doña Martha mientras Juana parecía haberse congelado durante unos segundos.

Un escalofrío recorrió todo su cuerpo, sentía que se desvanecía entre la silla del parque. De pronto una hoja seca cayó sobre su cabeza y la devolvió a la realidad. Tomando de nuevo valor le dijo a su madre que tenían que irse porque Adrián las estaba esperando en la casa. Al escuchar esto, doña Martha se tranquilizó y se fue con ella, aunque se negó a tomarla de la mano.

En la casa doña Martha le preguntó a Juana quién era y ella contestó que era su hija Juana, pero doña Martha insistía en que no la conocía, decía que solo tenía un hijo y se llamaba Adrián. Juana le dijo que se recostara y que pronto llegaría Adrián. Juana se fue a su cuarto, se sentó en el borde de la cama y se quedó viendo al suelo mientras sus lágrimas caían. Se sentía profundamente triste, quería hundirse en la cama y no volver a salir de allí nunca. Su corazón latía tan fuerte como si se fuera a salir de su pecho. Algunos meses atrás el doctor le dijo a Juana que ese día llegaría, el momento en que su madre no la reconocería, solo recordaría algunas cosas de su pasado y olvidaría muchas otras de su presente. Doña Martha se quedaría viviendo en un tiempo que ya no existe, y mientras eso sucedía el futuro de Juana cambiaría drásticamente.

Pasaron un par de meses y las crisis con su mamá eran cada vez más difíciles de enfrentar, su mamá no le hacía caso y la trataba mal, la desconocía completamente. Durante las crisis Juana le decía que ya vendría Adrián, aunque sabía que eso probablemente no iba a pasar. Juana tuvo que pedir una licencia en su trabajo para poder

cuidar de su madre, ya que para su vecina también se había vuelto complicado acompañar a doña Martha.

En una de esas noches difíciles con su madre Juana prefirió salir de su casa a tomar aire. Al día siguiente doña Martha se despertó y fue en busca de agua, en la cocina escuchó la puerta y preguntó:

—¿Adrián? ¿Eres tú Adrián? —pero nadie contestó.

La puerta se cerró y luego de un largo silencio una voz dijo:

—Sí mamá, soy Adrián.

La señora Martha se dio vuelta y descubrió a su hijo, lo tomó de las manos y lo abrazó muy fuerte. Ambos empezaron a llorar.

En la casa todo parecía tranquilo. Adrián se quedó a dormir esa noche en el cuarto de Juana y allí también lloró. Sentía un profundo dolor debido al estado en que su mamá se encontraba. Durante la noche no logró conciliar el sueño, en su pecho había una sensación de intranquilidad e incertidumbre, sentía que el cuarto se hacía más pequeño con el pasar de las horas, era como si se estuviera ahogando. De pronto escuchó un ruido en el cuarto de al lado donde dormía su madre. Rápidamente se fue a verla y la descubrió despierta, la luz de la calle iluminaba tenuemente el cuarto. Su madre solo lo veía como una sombra, así que le pidió que se acercara. Para cuando fue claro ver su rostro empezó a llorar, su tibia mano tocó su rostro y le preguntó:

—¿Qué pasó contigo?

Adrián dudó por unos segundos, pero respondió que todo estaba bien, le recordó a su madre cuanto la amaba y ella le dijo que no le podría cumplir la promesa que alguna vez le hizo.

—No podré quedarme para siempre, ya no podré quedarme aquí contigo.

Adrián intentó hablar, pero no lograba articular palabra, solo lloraba mientras la veía a los ojos. Su madre le dijo que había estado

en el cuarto de Juana ese día, le contó que encontró un vestido muy lindo sobre la cama.

—Recuerdo cuando me lo dijiste, recuerdo que había leído sobre ello solamente por curiosidad, había visto historias en televisión, pero eran lejanas, eran esa clase de historias que pensamos que nunca nos van a pasar a nosotros. Estabas ahí de frente con tu carita toda llena de lágrimas, pidiéndome perdón por ser como eras, suplicando que no te abandonara y te apoyara, desde ese día dejaste de ser Adrián y te convertiste en Juana, mi hija, al siguiente día te compré un vestido muy parecido al que tienes en tu cuarto, tú ya no eres Adrián mi cielo, eres mi Juana.

En ese momento de lucidez doña Martha tomó las manos de su hija y les dio un beso, le dijo que la amaba muchísimo y que su mejor decisión siempre fue apoyarla. Adrián, o más bien Juana, como decidió llamarse desde hace muchos años, le pidió a su mamá que no se fuera y que se quedara con ella porque no sabría como continuar sin su incondicional amor y compañía, pero los ojos de doña Martha se cerraron y ya no volvieron a abrirse nunca más.

Juana sigue llorando algunas noches en su cuarto, recordando las últimas palabras de su madre, extrañando sus abrazos, sus comidas y sus palabras de aliento. Su consuelo ha sido que en esos últimos momentos su mamá recordó quien era ella, no tuvo que fingir ser una persona que hacía tiempo ya no era; su mamá se fue amándola como Juana y eso fue un abrazo para su corazón y alma que por siempre recordarán a doña Martha.

Anyela Homez
Contaduría Pública
Facultado de Ciencias Económicas
y Administrativas.

CATEGORÍA DOCENTES

Una bomba en el costal de Javier

El trabajo de Joaquín era sencillo: enrollar las fotografías en el cilindro de la máquina de telefotos y enviarlas a la redacción del diario en Bogotá. “Funciona igual que un fax”, le había dicho su jefe un par de semanas antes, cuando Joaquín se estrenaba en el cargo. Antes había sido despachador de periódicos, oficio en el que comenzó a mostrar sus dotes de buen administrador sin título. Habían pasado seis años desde su ingreso en la oficina de corresponsales en Cartagena, a un millar de kilómetros de la casa matriz del periódico en Bogotá.

“De la misma manera que se envía una página de texto mediante conexión telefónica, usted, Joaquín, envía una foto a la redacción central. No tiene que aprender mucho”, le instruyó Bermúdez, quien también era jefe de los dos periodistas y del fotógrafo que trabajaban en la oficina de corresponsales.

Joaquín no tuvo que aprender mucho, pero aprendió bien y en menos de una semana manejaba con plena destreza la máquina de telefotos. Por añadidura, le habían encargado el manejo del laboratorio de fotografía, que no era más que un estrecho cuarto oscuro con una ampliadora y una zona húmeda, en el que revelaba las fotos que enviaba a la redacción central en Bogotá.

Hervidero de turistas, Cartagena soportaba las incertidumbres de la guerra del narcotráfico. La ciudad de murallas milenarias parecía vacunada contra la violencia hasta la tarde de ese febrero de 1991, cuando doscientos kilos de dinamita escondidos en la cajuela de un automóvil destrozaron la fiesta que se vivía en la plaza de toros La Macarena. Veintiséis personas murieron, medio centenar llegaron a los centros médicos para curar las heridas del cuerpo y 46 carros volaron por los aires en un apocalíptico efecto dominó.

En la oscuridad solitaria y sofocante del cuarto oscuro, Joaquín se había sobrecogido con las fotografías que se develaban ante sus ojos y mostraban el horror del atentado. Esta vez no seleccionó solo algunas de la película que le entregó el fotógrafo, sino que las reveló y las copió todas con un esmero de joyero, y se dedicó a enviarlas, una a una, al ritmo y a la velocidad que la máquina de telefotos se lo permitió.

Joaquín sabía que de tanto estallar bombas y de tanto morir gente los diarios habían ido perdiendo la capacidad de asombro; las noticias de la guerra se refundían cada vez más en las páginas interiores. Sin embargo, tal como lo había imaginado, la mañana siguiente leyó la noticia de la bomba en la primera página del periódico, con ampliación en media página interior. Cuatro de las fotografías que él había revelado, copiado y enviado mediante el telefoto desde Cartagena acompañaban los textos del reportaje sin firma en el que se detallaban los estragos de la explosión. Satisfecho, cerró el periódico y siguió en lo suyo.

Una semana más tarde, con el recuerdo fresco del triste remate de fiesta taurina, nativos y turistas habían vuelto a la vida de siempre en las calles empedradas de la zona amurallada. En la oficina

de corresponsales la atención estaba puesta ahora en el Centro de Convenciones, donde se preparaba una reunión política para debatir la propuesta de declarar a Cartagena distrito especial y turístico. No se trataba un invento regional, sino de una idea cocinada en el Congreso de la República que iba en camino a convertirse en ley.

En una ciudad de escasas noticias, la reunión política adquiría importancia de primera plana. Los reporteros fueron llegando al emblemático edificio con las primeras luces de la mañana, y aunque la reunión no comenzó hasta dos horas después, no se exasperaron, acostumbrados al destiempo con que transcurre la vida en esas tierras del Caribe.

El encuentro político terminó bajo el sopor del mediodía con un listado de recomendaciones para alimentar las discusiones en el Congreso. Bermúdez, jefe de la oficina de corresponsales, había notificado a Bogotá sobre el evento, pero no había recibido respuesta, porque lo que es importante en una ciudad a mil kilómetros de distancia puede no serlo para quienes toman las decisiones en la redacción central.

El periódico llevaba unas semanas promoviendo un concurso que había despertado una inusitada curiosidad de los lectores. Se trataba de un juego de acertijos gracias al cual se triplicó la circulación y se habían multiplicado los avisos comerciales, en una repentina bonanza que llegaba como un bálsamo para aliviar las crisis que agobiaba a la empresa editorial.

En las páginas centrales del diario se publicaba, a todo color, un complejo paisaje urbano atiborrado de simpáticas escenas, en cada una de las cuales los lectores debían encontrar a un simpático

personaje llamado Javier. Las páginas con los hallazgos enviadas por los concursantes habían llenado una bodega entera del periódico a la espera de los sorteos para escoger a los ganadores.

De modo que el día de la reunión política en Cartagena los jefes en Bogotá no tuvieron ojos ni cabeza para otra cosa que no fuera la de buscar espacios para las noticias en una jungla de anuncios publicitarios que si bien nutrían la contabilidad de la empresa, empobrecían la oferta informativa. Joaquín no lo sabía, y se consagró a escoger las mejores imágenes del encuentro político para enviarlas a la redacción central, convencido de que, así como con la noticia del atentado, sus fotografías iban a aparecer en los encabezados del día siguiente.

El acucioso operario enrolló la primera fotografía en el rodillo de la telefoto y notó que la máquina no daba señales de vida. Con las fotografías en el escritorio, llamó al área de servicios técnicos del periódico en Bogotá para reportar el daño. “Mande la telefoto en avión que aquí la arreglamos”, le dijeron. Y la envió. Esa misma tarde, antes de terminar su turno, envolvió la máquina, la metió en una caja de cartón, la selló con cinta adhesiva y escribió en ella: “Delicado”. Le quedó tiempo para llevarla a la salita de despachos, donde le pidió al encargado que se la entregara al hombre de la camioneta.

Roberto Aponte, el hombre de la camioneta, llevaba un buen tiempo en el oficio de traer los periódicos que llegaban al aeropuerto desde Bogotá y entregarlos, calle por calle, a los despachadores que los tiraban por debajo de las puertas de los suscriptores. Cuando llegó a la oficina de corresponsables, recibió el encargo y se llevó la telefoto rumbo al aeropuerto.

En Bogotá, la paranoia agobiaba a la gente, que se sobresaltaba con algún vehículo sin dueño dejado en cualquier esquina ante la sospecha de que se tratara de un “carro-bomba”. Los atentados con dinamita se habían vuelto cotidianos y los reporteros de orden público no encontraban un día de paz desde cuando había detonado la guerra.

El ejército privado de Pablo Escobar, entonces el más sonado narcotraficante en el mundo, enfrentaba las embestidas del Bloque de Búsqueda, un escuadrón de policías especialmente entrenado por el Gobierno para acorralar al capo. Todo el mundo sabía, pero nadie lo reconocía públicamente, que para entonces ese grupo se había desviado hacia acciones no legales y albergaba tanto a agentes estatales como a mercenarios, paramilitares y espías extranjeros.

La guerra había llegado a un grado tal de confusión que no se sabía de dónde salían las balas ni hacia dónde apuntaban. El diario para el que trabajaba Joaquín se había enfrentado al cartel de las drogas de Escobar en una cruzada periodística de dimensiones suicidas que terminó con la muerte de varios de sus periodistas, incluido su director, y una explosión que dejó maltrecho el edificio donde funcionaba.

En ese estado de dramatismo, el periódico no tuvo otra salida que pedir la custodia especial de Ejército y Policía. Se la dieron. Un puñado de soldados y agentes policiales comenzaron a controlar los accesos a la edificación donde operaban el área administrativa, la redacción y dos enormes rotativas que imprimían miles de ejemplares por día.

Una tarde de febrero, apenas dos semanas después de la explosión de muerte en Cartagena, los policías que controlaban el

acceso posterior del periódico se sobresaltaron cuando el detector de metales se activó durante la requisa de rutina a un vehículo. Dentro de uno de los costales repleto de páginas enviadas por los lectores que encontraron a Javier estaba camuflado un misterioso artefacto que hizo encender las alarmas.

Quince minutos después, tres hombres engullidos en trajes acolchados con caretas de astronauta cargaron con pulso de relojero el aparato hasta un potrero vecino, a unos doscientos metros de distancia del diario. Examinaron meticulosamente el objeto y, como no pudieron identificarlo, decidieron que lo mejor sería realizar una explosión controlada para destruirlo. Lo metieron en una cápsula blindada e introdujeron también un detonador con un explosivo de baja intensidad.

Desde las ventanas, algunos de los empleados observaban sin entender las maniobras y se estremecieron cuando los tres hombres corrieron para alejarse del artefacto. Unos segundos después se produjo una explosión que no habría sido capaz de destruir un escritorio, pero aun así los agentes decidieron esperar un buen rato a la espera de una segunda, que no llegó.

Cuando consideraron que la espera había sido suficiente, caminaron con pasos de felino hacia la cápsula, la abrieron lentamente y descubrieron la destrucción. El artefacto era entonces un centenar de fragmentos de metal y plástico, y seguía siendo indescifrable para los agentes. Recogieron los pedazos en bolsas y los rotularon para enviarlos a los peritos forenses.

Despojados de las caretas y con el corazón otra vez a su ritmo, los agentes retornaron al periódico y le mostraron al jefe de vigilancia

las bolsas con los escombros. Al hombre, que había recorrido por años los más recónditos espacios del edificio, le pareció reconocer algunas partes del destruido aparato y pidió que llamaran a uno de los fotógrafos. Nadie entendió por qué, pero le hicieron caso.

Miguel Colmenares, un viejo zorro de la reportería gráfica, que había cubierto desde matrimonios hasta combates guerrilleros, no tardó en atender el llamado. Cuando vio los residuos de la explosión metidos en las bolsas de plástico, se llevó las manos a la cabeza y exclamó: “¡Carajo, la telefoto!”.

Rodolfo Prada Penagos
Director académico
Comunicación Social
Facultad de Arte, Comunicación y Cultura.

Un desesperado consolando a otro

Esto puede ocurrir por teléfono o video llamada, en una cafetería o en una tienda, en una fiesta. Con cerveza o sin cerveza. Son dos amigos o amigas o amigxs que hablan. Visualice el lugar que le parezca. Imagínese en ese lugar. Si le parece necesario, reemplace los diálogos en su mente, las palabras, las expresiones. Ajústelos a su idioma o su propia jerga.

Los amigos llevan charlando un rato, intentando resolver algún reto de la cotidianidad. Repentinamente se desvían del propósito de su encuentro.

- Pues si marica, ese es el video.
- *C'est la vie* dicen los franchutes.
- Tan fácil para ellos decirlo. Claro, como son europeos.
- Deje de ser resentida a lo bien.
- No me hagas hablar entonces, déjame sano.
- Calmación, calmación. Toma aire, ve al mar.
- No pues si así de sencillo se fueron todos los problemas.
- Hay días de días. ¿Qué te pasa o qué?
- Ahg pues no sé. Los días que no lloró hasta quedarme dormida, son los días en que me siento feliz.
- Lo que necesitas es una buena culiada.

— ¡Ja ja ja! Ojalá fuera eso. Es que no sé, uno ya como tan viejo.

— Pero si vamos en la mitad de la vida.

— Suenas muy optimista, convencido de lo que haces. Se nota que te está yendo bien... me alegra.

— ¿Yendo bien? Pues normal. Nada me pasa. Me despierto cansado. Desayuno. Voy al trabajo. Almuerzo. Sigo en el trabajo. Voy al gimnasio. Vuelvo a la casa. Si me da ganas veo o leo o hago algo más. Si no me puedo dormir, veo cualquier cosa en alguna plataforma. Duermo tres horas. Me levanto cansado. Y así sigo.

— Toma aire, ve al mar.

— Hace rato no hay acción. Solo yo con yo.

— Pues abre un Only fans. Al menos así te ganarías una plata. En vez de andar desperdiciando energía.

— ¿Tu crees que yo puedo hacer plata por ahí?

— Depende de lo que estes dispuesto a hacer.

— A ver, ¿cómo es eso? ¿Eso no es pues solo empelotarse y ya?

— A veces hay que hacer cosas.

— Ay se nota que se la pasa ahí metida no...

— Tú sabes que en el medio en que me muevo conozco gente que resulta en esas.

— Sí, sí como no...

— Tan güevón ya te hubiera contado.

— Pero no te emputes. Estamos charlando, todo bien. Cuente más bien.

— Todo es plata. ¿No? Y pues la gente paga por cosas que son un visaje. Meterse cosas por lugares insospechados.

— Ah breve, yo tengo mi propio acostumbrador.

— ¿Y crees que ya te cabe un pollo asado?

— Inserte aquí una cara de asombro. Una bebida escupida. Un intento de vómito o la expresión que mejor le funcione.

— Uy no sea hijuemadre. ¿Es en serio?

— Sí.

— ¿Me lo jura?

— Si.

— No le creo.

— Tu verás.

— Pero, ¿un pollo asado?

— ¿Yo para que me voy a inventar eso?

— ¿Entero o despresado?

— Bueno, la verdad yo no quise entrar en detalles.

— Claro, claro. La intimidad de cada persona. Hay que tener límites, respetar al otro.

— Pudor, tener pudor.

— ¿Qué sería del mundo sin un poco de pudor?

— El acabose. Ay amigo, que vida la que nos tocó.

— Son tiempos complejos. El futuro ya no está en ninguna parte.

— El que olvida su historia, esta condenado a repetirla.

— Ja ja ja ja, que boleta esa frase.

— Sirve para cualquier ocasión.

— Me quede pensando en el pollo asado. Hace rato que no me como uno.

— ¿No hay asaderos en su barrio?

— Pues sí pero ahg, no me gusta ese pollo todo radioactivo.

— Ese pollito así, lleno de color, amarillito o anaranjadito

¡Ñami!

— Que boleta usted a lo bien.

— Con lo rico que es comer.

— Uno come porque le toca. A la final uno esta es resolviendo una necesidad.

Lo mira con ternura, una ternura falsa, esa ternura que es en realidad una burla. Cara de Pikachu, Hello Kitty o de una Kardashian.

— ¿Estás bien bebé? Cuéntame, ¿qué sientes?, ¿qué te duele?

— Ja ja ja ja ja ja

— No te burles, es en serio. Me preocupa tu bienestar —
pestañea como un colibrí.

— Me duele la existencia.

— Uy fuerte eso. De pronto con ibuprofeno de 500 se te pasa.

— Pues no será mejor como un ansiolítico.

— Ve y pídele un ansiolítico a la EPS a ver que te dicen.

— Es verdad. Que visaje esta vaina.

Se quedan en silencio un instante. Ven el celular o se distraen con alguna página web en su pantalla o verifican sus redes sociales o miran la nada cotidiana de su alrededor o se muestran memes mutuamente. Cualquiera cosa menos hablar. Pasa un rato o varios ratos o pasa el tiempo o no pasa nada. Y los dos sienten la necesidad de seguir hablando.

— ¿Y vas a viajar este año?

— Pues con ganas, pero sin plata.

— Y yo con plata pero sin ganas.

— Vámonos juntos.

Uno de ellos toma aire profundamente y canta:

— ¡Vámonos, donde nadie nos juzgue, donde nadie nos diga que hacemos mal!

— Uich. Me hizo dar cringe. Se me quitaron hasta las ganas de gastarme su plata.

— Gástate la tuya más bien.

— Ya me la gasté.

— Pero si acabamos de iniciar el mes.

— Por eso. Cuando me pagan, me siento rico por un día. Después de ese día, soy un empobrecido más.

— La culpa es del sistema, el sistema nos tiene jodidos.

— El problema es nacer. Ahí está toda la cuestión.

— Se me puso existencialista este bebé.

— Perdón compañero antisistema que tiene dinero para viajar pero no quiere.

— Somos una boleta.

— No, no. Yo creo que somos los residuos de una realidad que está disolviéndose.

— Uich marica. Ahora si me rayaste el occipucio.

— ¿Dónde queda el occipucio?

— Detrás de la cabeza, ahí a los lados de la nuca.

— ¿Para qué sirve o qué?

— Se supone que es para mantener la coherencia de la percepción de realidad.

— O sea que si uno ve la vida de manera rara es como tener dañado el occipucio.

— De más. O ni puta idea. Esa palabra la puso un amigo en un cuento hace años y me quedó gustando. Casi no tiene una oportunidad de usarla en una conversación.

— Mira: aquí dice que cuándo uno duerme muy poco o pasa varios días sin dormir, póngale siete, ya no puedo uno ver bien la realidad.

— Ufff tremendo. ¿Tú si estas durmiendo bien?

— De cuatro a seis horas. Incluso los domingos me despierto a la misma hora que todos los días...

— ... y mantienes los ojos cerrados y das vueltas en la cama y te da piedra y no te quieres levantar temprano, pero da igual si te levantas tarde después de despierta porque estas cansada, igual de cansada que ayer y que el día anterior y el domingo entonces es otro día más de rutina y de agobio...

— Algo así. Algo así.

— *C'est la vie.*

— La vida va.

— *That's life*

— No me sé más frases de resignación existencial.

— ¿Carpe Niez?

— Ya que hijueputas.

— Esa también.

Otro tinto. Otro cigarrillo. Otra cerveza. Otro trago. Otra empanada. Otra galguería. Otra cosa más antes de seguir conversando

— Bueno pero yo creo que de los dos, yo estoy más jodida.

— O yo. ¿A ti cada cuánto te da malparidez?

— Pues mínimo una vez al mes.

— ¿Gripa o algún malestar culo?

— Igual.

— Pues estamos como igual.

— ¿A ti te gusta tu trabajo?

- Me gusta. Lo que no me gusta de mi trabajo ni trabajar.
- No puedes conseguir lo que quieres.
- Ni siquiera cuando uno se esfuerza logramos lo que necesitamos.
- Deberíamos montar un grupo de desesperados anónimos.
- ¿Será?
- Puede funcionar.
- Al final vivir es bacano ¿No te parece?
- Pues sí.
- A lo bien que sí.
- Toca meterle más potasio a la comida.
- ¿Para?
- No bajonearse. Mantener el ánimo estable.
- Y reírse un poco
- Sí, eso también. Al final todo es una ficción.
- Sobre todo si uno se burla o habla mal de los que no están presentes.
- Sobre todo eso. Pero toca hacerlo en privado.
- Con gente de confianza.
- Que no queden registros.
- Que nadie lo oiga.
- O lo lea.
- La gente se ofende muy fácil últimamente.
- ¿Sabes una cosa?
- Sé varias.
- Me quedé pensando en el pollo asado.
- Camine. Aquí cerca venden uno muy rico.
- ¿Lo puedo pedir para llevar?
- Yo creo.

Los dos amigos, amigas o amigxs caminan hacia el asadero de pollos más cercano. Usted puede ir si quiere también. Recuerde que el pollo asado sabe más rico cuando esta recién salido del horno. No deje que le metan un pollo reposado.

Johnnier Aristizábal Santa
Docente
Cine y Televisión
Facultad de Arte, Comunicación y Cultura.

CATEGORÍA ADMINISTRATIVOS

Espectro

Un fantasma oscuro habita los corredores de la Unigustiniana. Gris, frío, sin una forma definida. El espectro se formó con el transcurso de los años, poco a poco sumado a su vaporosa masa todos esos residuos espirituales que cientos de jóvenes dejan olvidados en el campus. Pedazos de alma que se quedan olvidados como si se tratara de la cáscara de un plátano o un paquete de galletas ya vacío. Estos fragmentos de energía espiritual, descuidados por sus previos dueños, son atraídos al monstruoso cuerpo de la criatura.

Al principio el fantasma era una simple chispa, brillante e intensa, pero diminuta. De la ira nació el monstruo. Un día oscuro y lluvioso, de esos que deprimen a los bogotanos, un profesor gritó y una estudiante contestó el alarido con otro más fuerte. No fueron las palabras, fue el horrible odio que se mandaron uno al otro el que chocó a la mitad del pasillo. La energía de miles de soles confluyó en este único punto y así un fragmento de esta rabia quedó flotando en los corredores de la Universidad, como un diente de león.

La masa emocional de este tipo de energías flotantes es tan fuerte que atraen otros sentimientos y con el tiempo muchos de estos comienzan a orbitar formando pequeños sistemas espectrales. Es lo que algunos médiums llaman “presencias” y generalmente desaparecen sin intervención humana después de algunos años. Sin

embargo, a veces, cuando la masa emocional de un sistema es muy fuerte, estos siguen creciendo hasta que son controlados con un sortilegio aplicado por un hombre santo o, en la mayoría de los casos, un exorcismo realizado por un sacerdote.

A esa pequeña ira se le unió la alegría de una buena calificación y juntas flotaron por varios meses en el hall frente a la Rectoría. Eventualmente, se les unió la emoción de un primer beso y luego el sabor de una fruna. El campo gravitacional de este sistema era tan fuerte que pronto todas las emociones olvidadas en la Universidad comenzaron a ser atraídas a este sistema. Alegrías, tristezas, amores, miedos, enfados, culpas, vergüenzas y otros sentimientos que se sumaban periódicamente, comenzaron a orbitar el sistema aumentando la masa emocional y así el crecimiento del fantasma.

Durante el día los efectos de este nuevo sistema eran casi imperceptibles, pero en la noche resultaba evidente que algo paranormal crecía en el campus. Después de las diez, cuando todo quedaba en silencio, los vigilantes escuchaban risas y llantos, veían luces misteriosas e inclusive algunos muebles que se movían solos. Con el tiempo aprendieron a evitar los lugares más oscuros y tenebrosos, a encender las luces antes de entrar a un salón oscuro y a llevar consigo una imagen de San Benito para alejar todos los males.

Tantas fueron las cosas que se le pegaron a este sistema que incluso los días de sol era posible ver la nube gris vagando en los pasillos de la Universidad. Pasados los primeros miedos y gracias a esa costumbre humana de aceptar lo más extraño cuando se vuelve familiar, estudiantes y profesores comenzaron a tratar a la nube gris como si fuera parte del paisaje. Inclusive algunas personas comenzaron a verla como una mascota, como si fuera un animal de

compañía, algo que nunca nos deja solos. Esas personas empezaron a alimentar a la nube. Alguien le daba algo de rabia en la mañana, otra persona un poco de frustración al medio día y hasta había gente que le daba pedazos de alegría, amor o fe.

El espectro siguió creciendo. Eventualmente se volvió tan grande que las personas debían quitarse para darle paso, pues la nube ocupaba los pasillos de lado a lado. Tan fuerte era su energía psíquica que comenzó también a arrastrar la basura del piso. Polvo, pedacitos de cartón y de plástico comenzaron a orbitar la nube, moviéndose como si de un huracán se tratase. La fricción entre toda esta basura producía pequeños destellos de estática que fácilmente daban la imagen de rayos iluminando el interior gris del fantasma. La extraña mezcla de espiritualidad y fisicalidad atraía a todos en el campus; aunque no tenía una personalidad, los estudiantes le comenzaron a llamar “Taylor”, y se volvió la insignia no oficial de la institución. Mientras tanto, la gravedad aumentó a tal punto a su alrededor que se tragaba todas las emociones en un radio de cuatro metros a partir de esa primera chispa de ira que seguía funcionando como núcleo del sistema. Tal como dicta la lógica, a más gravedad llegan más sentimientos y así aumenta exponencialmente la intensidad.

Tan intensa era la criatura que con el tiempo comenzó a pensar.

Fue un proceso gradual. En un principio solo había una tendencia que la impulsaba a desplazarse de un lado al otro, sin ninguna intención más allá del desplazamiento mismo. Poco a poco apareció el instinto de alimentarse, y unos meses más tarde comenzó a sentirse atraída por las emociones de los estudiantes. Así, un paso a la

vez, la complejidad y la intensidad de su ser fue aumentando. Además de los sentimientos y las emociones que devoraba con avidez mientras seguía creciendo, todas las palabras y frases que a diario escuchaba comenzaron a formar una personalidad. Un día, mientras pasaba por una clase de la Licenciatura en Filosofía, escuchó la frase “pienso, luego existo”.

No fue fácil, ni para el fantasma ni para nadie, esta evolución. De ser una criatura inocente que vagaba por los pasillos de la Universidad chupándose las emociones más fundamentales del alma humana, se transformó en una cosa llena de basura y sedienta de conocimientos. Quería aprenderlo todo, quería hablar y ser escuchada, conocer el universo que la rodeaba y ser reconocida por ello. Intentaba trascenderse a sí misma y crecer. Fue así como comenzó a escuchar las clases. Todas, sin ningún orden ni programa, como un eterno menú de conocimiento del que se puede elegir cualquier cosa a voluntad. Un día estudiaba las palabras de Platón, otro las de McLuhan y la semana siguiente las de Hannah Arendt; en un solo mes aprendió Python y Java, además de toda la legislación colombiana y Las Reglas Generales de Comercio Exterior.

Era cuestión de tiempo para que llegara al departamento de admisiones una solicitud a nombre de Taylor Fantasma. Quería estudiar dos carreras a la vez: Contaduría Pública y Teología. La solicitud estaba completa, incluso tenía un diploma de bachillerato y el certificado del Saber 11. En ninguna parte de los reglamentos de la Universidad decía que para estudiar era necesario existir como un ser de carne y hueso, así que Taylor oficialmente se convirtió en la primera primípara ectoplásmica de la historia.

En clase, a fin de que los profesores y sus compañeros pudieran mirarla a la cara, Taylor hacía flotar dos cajas de chicle y un esfero Bic sin tinta para simular ojos y boca. Para entregar los trabajos reparó un viejo computador portátil que la Universidad había dado de baja y comenzó a trabajar en la cafetería de la Universidad para pagar el crédito del Icetex.

Cinco años se pasan en un abrir y cerrar de ojos.

Taylor completó sus clases, entregó la tesis de Teología y la de Contaduría Pública al mismo tiempo. Las semanas antes de la sustentación estaba tan nerviosa que engulló todas las emociones del campus. Desde la entrada de la Universidad era imposible sentir cualquier cosa, pues al más mínimo atisbo de cualquier emoción se podía ver un hilo de plata volar fuera de los corazones de las personas, y con su partida solo quedaba un vacío en el pecho. Habría sido una experiencia terrorífica si alguien fuera capaz de sentir miedo, pero no fue así. El día de la sustentación Taylor había consumido tantas emociones que ya medía más de cinco metros. Había cambiado las cajas de chicles y el esfero en su rostro por dos borradores de tablero y la manguera de un mechero de bunsen. Tanta fuerza tenía su cuerpo que en su interior orbitaba una silla rota, varios libros de la biblioteca y hasta un gato muerto.

Con la toga y el birrete Taylor Fantasma se sentó en el auditorio a esperar que el presentador dijera su nombre. Ya ocupaba diez sillas ella sola. Todo el mundo en el auditorio permanecía en silencio, impassible, esperando sin ninguna emoción el momento del grado de sus familiares, mientras ella seguía succionando y creciendo. Cuando ya fue la hora de subir a recibir su diploma la emoción fue tal que comenzó a chupar toda la energía emocional de la

ciudad. Los sentimientos, buenos, malos y regulares, de los diez millones de personas que se encontraban a su alrededor fluyeron hacia su cuerpo, todos al mismo tiempo. Dejó de ser gris y se volvió azul. Cuando el fotógrafo le pidió que posara sosteniendo el diploma era posible ver en su interior todos los colores posibles del alma humana, el futuro y el pasado, las grandes verdades de la vida y las mentiras que las personas nos decimos todo el tiempo. Era un espectáculo sublime para un público que, al no poder sentir emoción alguna, no podía entenderlo.

En el momento en que el flash de la cámara llegó a su cuerpo Taylor explotó. Tanta fue la energía en su interior que ella misma se convirtió en una supernova emocional. El auditorio quedó cubierto de todo lo que Taylor tenía en su interior; donde ella estaba posando para la foto solo se vio el diploma caer suavemente al suelo.

Daniel Enrique Monje Abril
Director académico
Cine y Televisión
Facultad de Arte, Comunicación y Cultura.

SEGUNDO PUESTO

La paz flotaba en el río Magdalena

Andrés Trece

| 71 |

Muchos años después, flotando inerte en el río, Gisele había de recordar aquella tarde remota en que fuimos a conocer la Casa de la Moneda. La Luis Ángel era entonces una biblioteca para seis millones de habitantes construida a la orilla de una vía que se precipitaba sobre un nido de ladrillo salmón que como un gran volumen prehispánico nos esperaba a la noche. Nuestra historia era tan reciente que muchos actos de amor carecían de nombre y al vivirlos no quedaba más que señalarlos con el dedo.

Sí, ese inicio es de Gabo pero esta es otra historia, esta no va de familias enormes y tiempos cíclicos, esta desmiente que la historia misma tenga sentido y, en últimas, es una historia llena de dolor pero al mismo tiempo sobre cómo se vive en esperanza.

La Mona (que así le decíamos la mayor parte del tiempo) era novia de Leo, quien por ese entonces era el ejemplo perfecto de lo que San Agustín llama un amigo enemigo: sus planes siempre estaban al borde de lo legal y —en mi hoy— un poco vacíos, pero pues... cada quien. Aún recuerdo el día en que me citó en su hogar: un apartamento pequeño a unas cuadras de Nueva Santafé.

Ese día llegué a ese primer piso donde un patio grande y abandonado parecía un trocito de selva por el pasto delgado e hiriente, pero fino y muy alto, donde una fuga al borde del amanecer habría sido exitosa. Ese apartamento siempre llega a mi mente por el impecable piso en linóleo que brillaba como la plataforma en que reciben a Darth Vader mientras suena la Marcha Imperial.

“Por acá debió escapar Bolívar en la Noche Septembrina” nos decíamos, mientras probábamos el café de doña Gloria, su madre. Y reíamos, porque Leo no entendía nada, pero hacía cara de que sí, pues no quería quedar mal en esa casa, la Mona era muy culta y su papá medio socialista y la mamá era oficinista de Fecode, así que la figura de Bolívar y su biografía siempre estuvieron sobre alguna mesa y bueno, todo ese rollo del complot fue a pocas cuadras de ahí.

En el apartamento siempre olía a café de olleta, esa rara mezcla del sabor del grano con el de la candela viva, que no importa si es de leña o de una estufa de ciudad, pero que es tan lejano de la greca en salón de profesores que produce tantos sinsabores. Sin embargo, ese día olía extrañamente a formol.

Cuando seguí a la sala saludé a los dos hermanos que estaban sentados en el comedor con cara de pocos amigos; en la mesa había una 38 larga. Traté de aparentar calma. La Mona salió del cuarto y me dejó estupefacto: tenía el ojo morado. Y no morado como si se hubiera pegado con la puerta o algo así, era obvio que le habían medido una trompada que le había parchado el ojo. Eso fue Leo, pensé de una, y estos dos manes lo están buscando pa' matarlo, esto ya lo ví en Cóndores no entierran todos los días, así que me voy a portar con la solemnidad de un plan hecho por todos. Casualmente iba vestido de negro como demandaba la ocasión, aunque, pensándolo

hoy, esa pinta no era al azar: eso era como un uniforme en la Facultad de Artes de la Nacho.

La Mona tenía cara de acontecimiento y me dijo: “Necesito que te sientes”. Obvio, la complicidad en el asunto me puso en modo de alerta; si bien yo era amigo de Leo, era evidente que mis amores estaban con la Mona y si ella tomaba el camino de terminarle, pues en ese piso brillante me quedaba yo. Creo que en ese momento pensé lo mismo que hoy y extrañé a doña Gloria, la mamá de la Mona, que no sólo obligaba a propios y a extraños a usar zapatones, sino que me enseñó que en buena cultura cafetera uno no le echa azúcar al café y se aguanta el amargor como se aguanta una pena de amor: “sin hacer jetas”. Aún hoy extraño a la casi suegra, pero prometí una historia de tiempo no cíclico así que digamos que extrañar a alguien con quien se comparte el amor por la Mona es una constante, no un ciclo.

Las caras lúgubres me tenían muy tenso y yo no podía ni bajar el tinto mientras la Mona hablaba de no sé qué: “que tenía que estar tranquilo, y que venían tiempos difíciles, y que la vida y que el amor, y que Leo iba a llevar la peor parte, pero que eso era lo de menos, el man en últimas era una especie de parásito chupa vida y que bueno, le había pegado pero que los hermanos no lo iban a matar porque ella iba a terminar con él, pero este otro problema, real y urgente, era más relevante y que pues sí, que ella entendía que yo estaba enamorado de ella y que...”

Y ¡pum! Con esas palabras volví a la tierra de totazo y mi vida pasó como una película y rebobiné hasta la entrada y recordé que no tenía los zapatones y que recibí un tinto que ahora no encontraba, pero que la tacita tenía el borde dorado y una flor estampada, y no recuerdo cómo pero yo ya estaba en el sofá y que los hermanos

habían salido a prender un Peche o algo así y la Mona tenía mis manos entre las suyas y me miraba a los ojos y me decía que era obvio que nos amábamos y entonces, para mí, el tiempo se detuvo con esa declaración íntima e inesperada, y me llegó el olor al almendro en el patio y a tierra mojada y a hormigas rojas que se devoran la creación pero lo hacen hojita por hojita.

Sentí que se me escurría una lágrima, porque lo que yo tenía era un amor en el guar güero que no me dejaba respirar, pero esto lo cambiaba todo. Esa declaración de amor era mutua y compartida, y por alguna extraña razón yo la sentía antigua y que había estado ahí desde siempre, desde ese primer día cuando la ví subiendo la escalera del 303 con su novio de entonces y pensé que eran personas así de hermosas las que seguramente inspiraron a los humanos cuando se imaginaron a los elfos y sus cabellos de oro y sol, porque una mona como esa solo existía en las películas, y me enamoré a primera vista de ese pelo y de sus ojos pardos y ahora estaba ahí, hablando cosas de mortales. Y sí, yo sé que uso mucho la y pero es que todo llega a la mente así porque me acuerdo de ella y cada cosa del pasado cobra vida simultáneamente. En eso la cagan quienes interpretan a Gabo, el tiempo no es cíclico, el tiempo está pasando todo en un mismo instante que raya de luz cada segundo humano.

Y entonces ella dijo: “bueno, así que cuando vuelva vamos a estar juntos muchos años y criar dos hijos en este jardín, pero no les vamos a poner Anaximandro de Tales y Anaximandro de Mileto como vos querés, sino que se van a llamar Aureliano y Remedios, porque van a ser nuestros y van a crecer entre este patio que se lo va a comer el pasto; pero por hoy necesito que entiendas que me voy la otra semana y que no sé cuándo vuelva”.

Yo quedé atónito porque no entendía de dónde un viaje tan repentino, y siguió: “El Comandante Papito nos está llamando a entregar las armas, por eso están acá mis hermanos, que no son mis hermanos de sangre sino de luchas y con ellos me voy; no sé cuándo vuelva pero vamos a firmar la paz porque el tiempo que necesitamos para la vida es este y yo quiero mi vida con usted, pero para empearla necesito que confíe en mí y que me espere”. Quedé lívido. Los hermanos me miraban envejecidos desde el patio mientras limpiaban un par de sonrientes fusiles que seguramente habían estado todo este tiempo esperando entre el pasto.

Ella se fue, literalmente; no hubo más despedida que esa demoleadora charla en el sofá. Aún recuerdo que durante semanas miré cada noticiero con la esperanza de que pasara caminando con la tropa, estupefacto al pensar que la persona que conocí en el día a día de montar exposiciones de arte tenía esa otra vida, esa otra lucha, ese otro actuar que al mismo tiempo era lógico en alguien que sentía como propio el dolor tras cada injusticia, cada acto atroz, cada tormento que producían los nefastos gobiernos que tuvimos que vivir y que aún vivimos. Entendí eso otro, hasta ahora innumerable, que amaba en esa mujer increíble que parecía entender más de la vida que todos los demás juntos y que generalmente yo traducía como rebeldía.

Y la imaginaba caminando por esa trocha que llevaba a Caloto, con las montañas a lo lejos y el caminito que se pierde a la distancia porque baja, se esconde tras el cerrito que uno pisa y luego vuelve a salir; y el cuidado con la tropa porque seguían hostigando a quienes iban al punto de concentración... y después, cuando la paró un retén militar y que vieron los fusiles; y que se la llevaron al cerro

con sus hermanos, amordazados y con los ojos vendados, y que los milicos fingieron un pelotón de fusilamiento y que dispararon y que los dieron por muertos y que los botaron al río Magdalena, que se llama así por las lágrimas de esa amante que pierde a su amor... no, a nuestro amor.

Y también la imagino hoy, flotando en el Río Grande de la Magdalena, que es así, inmenso, por tanta lágrima de amantes que lloran a sus muertos por la violencia, cuerpos que flotan en su camino al mar... y ella con las manos para arriba y la cara mirando al infinito, como Ofelia. Era inevitable: el olor de las aguas amargas me recordaba el destino de los amores callados, tal como también dijo Gabito.

Entonces habrá mirado al cielo y visto que no había gallinazos sino una golondrina solitaria que dibujaba figuritas con su vuelo como cuando Cristo agonizaba. Habrá abierto los ojos y sentido la paz de los amantes que flotan en las lágrimas y una sonrisa se le habrá dibujado en el rostro porque siempre había pensado que se iba con sus hermanos de lucha en algún combate y no en un retén tonto e improvisado. Los habrá visto en la playa corriendo mientras señalaban su cuerpo a los lancheros que, para recogerla, apartaban las flores que flotaban a su lado y habrá pensado: con que así termina la paz, con que esto es la muerte.

Volvió una mañana de septiembre. Nos abrazamos una hora.

Veinte años después se la llevó el cáncer, otra batalla que tuvo la Mona, una que perdió, pero prefiero recordarla por ese triunfo que

fue darlo todo por un territorio de paz y esperanza para vivir amores eternos mientras el sol nos pega en la cara recordándonos que es posible construir un mundo mejor.

Andrés Trece
Director académico
Arquitectura
Facultad de Arte, Comunicación y Cultura.

Este libro fue publicado
por la **Editorial Uniagustiniana**
en marzo de 2024.





UNIAGUSTINIANA
Es crear en ti

Vigilada Mineducación

Este libro es una compilación de los mejores cuentos escritos por estudiantes, egresados, docentes y administrativos, en el marco del séptimo concurso anual de Cuento Corto Uniagustiniano 2023, dirigido a toda la comunidad institucional. Este concurso apunta a fomentar la escritura creativa en toda la comunidad universitaria con el fin de generar productos asociados a la creación artística y cultural.



UNIAGUSTINIANA

Vicerrectoría de
Investigaciones

Dirección de Divulgación de la
Ciencia y Fomento de la Creación

Biblioteca Fray
Pedro Fabo

WUOLAH

ISBN: 978-958-5498-98-3



9 789585 498983